

Gibran Kahlil Gibran

Un libanés para el mundo

Carlos Martínez Assad

Los emigrantes libaneses han visto mutar sus rasgos identitarios por el contacto con las sociedades que los han recibido. A partir de su condición de exiliados, han entregado a la cultura, como en el caso del poeta Gibran Kahlil Gibran, creaciones de valor universal. En el discurso leído al aceptar el Premio Byblos en mayo pasado, Carlos Martínez Assad reflexiona sobre la significación del autor de El Profeta en el contexto actual, signado por los conflictos políticos y la globalización.

En el mundo globalizado todos somos extranjeros, somos ya contemporáneos de todos los habitantes del planeta debido, entre otros elementos, a las nuevas tecnologías. Nos pesa como fardo ser exiliados desde que Adán y Eva fueron expulsados de su tierra, drama que retomó Naguib Mahfuz para situarlo en lo contemporáneo en *Los hijos del barrio*. Como sabemos, Adán y Eva fueron expulsados porque no estaban contentos: les faltaba algo. En palabras del dramaturgo libanés Wadji Mouawad: “¿Quién, por elección, querría dejar su tierra natal si fuese el lugar de la felicidad?”.

Como exiliados o emigrantes asumimos varias identidades y una asesina a la otra. Según Amin Maalouf, la identidad no se nos da de una vez por todas, sino que se va construyendo y transformando a lo largo de toda nuestra existencia. Las identidades se construyen continuamente, no son únicas, y pueden suscribirse varias de ellas en una misma persona por decisión o por la imposición del otro.

Los libaneses llegaron a México con la identidad de los pueblos cristianos de la montaña de lo que llamaron la Turquía asiática, en los inmensos territorios del Imperio Otomano para luego, con el paso de los años, auto-definirse como árabes. Sus formas identitarias se transformaron con la historia de México y con lo que fue aconteciendo en Medio Oriente, tal como las asumieron sus descendientes.

Los libaneses agrupados en México buscaron su identidad, y para encontrarla tuvieron que conocer primero sus diferencias tanto con otros inmigrantes como con el pueblo que los acogió. Aprendieron de la Liga Literaria fundada en Nueva York en 1920 la existencia de *Al-Mahjar*, la literatura de los inmigrantes. Se involucraron para darle sentido en las revistas en las cuales pudieran recrear la lengua árabe, aunque pronto se optó por el uso del español, para darle sentido a una comunidad de intereses: *Al-Jawater*, *Al-Gurbal*, *Emir*. Aunque sus objetivos culturales fueron rebasados por la descrip-

ción de la vida comunitaria debido a que en ella encontraban su fuerza para la forma de integración, temerosos de perder sus raíces.

Varios intelectuales de la comunidad libanesa en México escribieron constantemente sobre Gibran Kahlil Gibran, el poeta más conocido cuya obra se difundió en español gracias a la traducción del mexicano-libanés Leonardo Safik Kaim. Él mismo relató que en una ocasión Bárbara Young, de viaje por Líbano, le preguntó a un joven poeta libanés si sabía de un paisano suyo que vivía en Nueva York de nombre Kahlil Gibran. El joven, sabiendo que ella era de habla inglesa, le respondió: “Señora, ¿puedo preguntarle si usted sabe de Shakespeare?”.

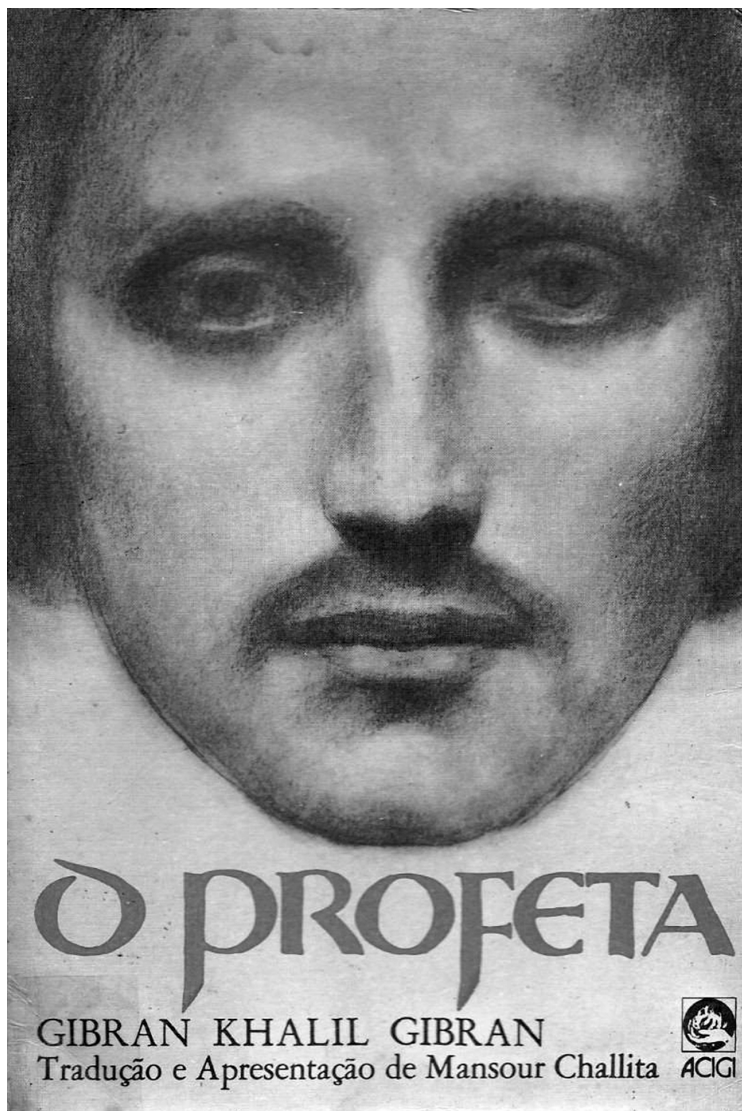
Safik consideró tan importante al escritor libanés trasterado a Estados Unidos que dedicó toda su vida a traducirlo. Divulgó el concepto de *gibranismo* acuñado por el filósofo Claude Bragdon como una “modalidad literaria de una profunda visión mística, una cautivadora belleza lírica y el más simple y novedoso acceso a los más trascendentales problemas vitales”.

En México, la recepción de los escritos de Gibran fue entusiasta; el poeta Alí Chumacero se sumaba a las páginas de *Al-Gurbal*, para reflexionar sobre el “escritor árabe más celebrado no en el Líbano, su país natal, sino en todos los pueblos que hablan esa lengua”. Lo consideró “un innovador que aprendió mucho de las letras occidentales, y su influencia en las generaciones posteriores no ha tenido par en ningún otro poeta moderno de su lengua”. Asimismo citaba al destacado arabista Pedro Martínez Montávez para coincidir con él en su definición de Gibran como “Cantor de las miserias humanas y de la libertad, en su lira poética queda una cuerda erótica, a veces particular pero casi siempre dirigida a lo universal, hacia el todo de la creación, que llena sus versos de un indudable humanismo trascendente”. Chumacero mencionó que leía con ansia las traducciones de Kaim, de un Gibran que “buscó la revelación de lo desconocido con los medios que le proporcionaban las artes y abordó con intenciones proféticas los temas elementales de la vida”.

De *El Profeta* —ya publicado en inglés— elogiaba la “serie de parábolas donde lo simbólico se cruza con los sinsabores de la realidad”. Recurría a la nota aparecida en el *Chicago Evening Post* en 1923, que argumentaba que en ese libro “está la verdad pura que el autor dibujó con su pluma mágica y cubrió con el ropaje de la música, de la fantasía, de la perfección. Las palabras de Gibran, armoniosas y vibrantes de sentimiento, nos hacen recordar el ritmo majestuoso del *Cantar de los Cantares*”. Ha sido libro de cabecera de muchos aficionados a la filosofía y a las meditaciones religiosas. Su redacción final fue en lengua inglesa, tras de varios intentos en que el árabe no cumplía con su idea de poner “la palabra inevitable en el lugar inevitable”.



Gibran Kahlil Gibran



También se concebía en Gibran un compromiso político que quiero resaltar en esta ocasión, tal como se expresaba en una encuesta que en 1923 hizo la revista *Al-Hilal*, de El Cairo, entre los poetas árabes del momento. La pregunta inicial —y noten la coincidencia con el momento— se refería al despertar *An-Nahda* o renacimiento del mundo árabe. Gibran respondió crítico y con pesimismo: “El mundo árabe, sin inventos ni creaciones nuevas, sigue en la esencia de su espíritu igual que hace mil años. No hay despertar interior. El espíritu creador debe dar luces universales, no ser un virtuoso de la imitación. En este sentido, el mundo árabe aún no ha despertado”.

A la luz de los más recientes acontecimientos en esa parte del mundo que va del Mashrek (por donde sale el sol) al Magreb (por donde se oculta), esas ideas adquieren un sentido profundo porque no sabemos aún cuál es el destino que alcanzarán esos países. Por eso hay un movimiento pendular en una obra como la de Maalouf, entre el glorioso pasado recreado en sus primeras novelas (“—¡Explícales que mi patria es una galaxia de ciudades! ¡Explícales que tú y yo hemos nacido de la luz de Oriente y que Occidente sólo se despertó con nuestras luces! ¡Diles que nuestro Oriente no siempre estuvo envuelto en tinieblas! ¡Háblales de Alejandría y de Esmirna, de Antioquía y Salónica, y del Valle de los Reyes, y del Jordán y del Eúfrates!”) y la fatalidad de su novela más reciente, *Los desorientados* (2012), en la que narra el derumbe del grupo de amigos que regresa a Líbano des-

pués de la guerra, al encontrarse con la fatalidad de los cambios ocurridos.

También Wadji Mouawad regresó después de haber abandonado Líbano con sus padres durante los primeros años de los conflictos que se sucedieron. Afirmó hace unas semanas, luego de participar en el festival de Samir Kassir, que como otros de su generación fue educado en el odio, detestando al otro. Por ello, en su obra *Incendios* detesta no solamente a los otros sino a sí mismo, porque fue lo que le enseñaron.

Cuándo podrá el mundo árabe entenderse y unificarse, es una pregunta que desde los primeros años de la independencia de los mandatos francés y británico se han hecho los pensadores, y es una pregunta que aún tiene vigencia en nuestros días.

Como el ser social que me tocó ser, diría con Gibran: “*Desdichada la nación* que no levanta su voz sino cuando va tras el ataúd, no se enorgullece sino cuando se jacta en el cementerio y no se rebela sino cuando su cuello se encuentra entre la espada y el tajo”.

Con una pizca de optimismo añadiría: creo que en este mundo de naufragios existe la esperanza en la incertidumbre, por lo que abogo por el respeto de los derechos humanos de todos, por la abolición de las fronteras, porque se reconozca que no pueden existir naciones sin territorio, por la igualdad y la libertad en todas las sociedades, por la fuerza de las ideas, por el poder de la literatura y de la música; y, además, quiero la paz en Siria y en el resto del mundo. **U**

